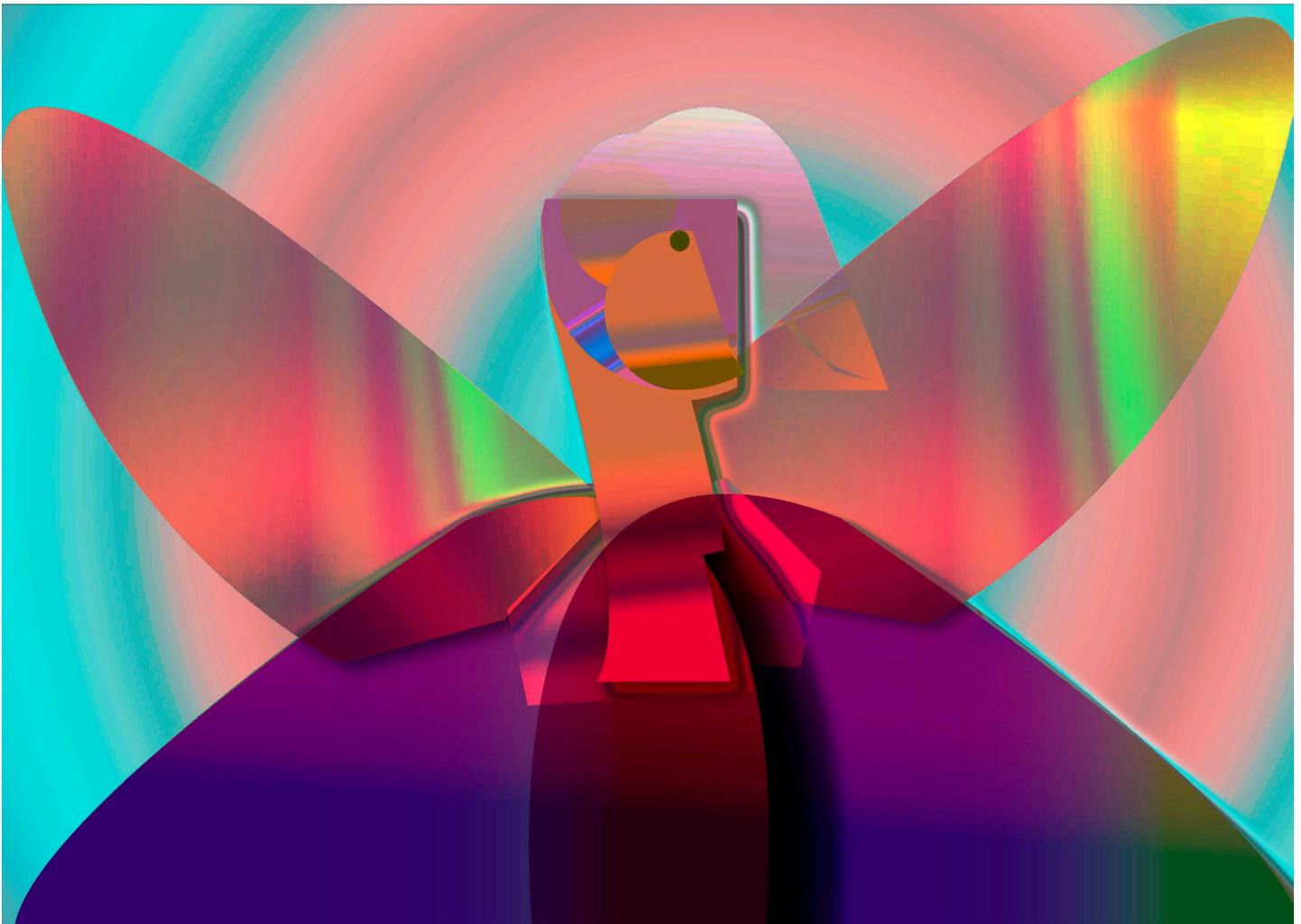


# DOS SOMBRAS. CUENTO DE LUZ MARINA CRUZ



A mi madre y a mi tía,  
Alicia y María Luisa Rodríguez Marrero,  
por embeber los recuerdos con olor a lluvia canaria.

A veces,  
me encierra la piel del espíritu  
y no existo  
echo más sombras a mi sombra  
silencio la huella...

Ramoneta Gregori

**N**osotras ignoramos el contenido de la carta, mas por el rabioso semblante del padre Socorro, bastante comprensivo con sus feligreses de Santa Brígida, presumimos lo peor. Estábamos limpiando la iglesia cuando llegó la correspondencia, así que aprovechamos para darle una ojeada antes de entregársela: tenía matasellos de Cuba -específicamente de La Habana- y la enviaba el párroco

de esa ciudad. Hace unos meses nos enteramos, por casualidad, de que solicitaría información sobre el novio de Lola Sánchez, quien vivió en dicha isla años atrás. Sabemos que estaba muy pendiente de la respuesta, pues debía comprobar su estado civil antes de officiar el matrimonio.

El sacerdote subía con esfuerzo el camino de Las Meleguinas, un sector ubicado hacia el margen meridional del barranco de Alonso que, en la década de los treinta, estaba constituido por unas pocas fincas. Mientras caminaba, la sotana negra hacía un movimiento arrítmico semejante al discontinuo ir y venir de sus preocupaciones. Tenía el deber de comunicar la desagradable noticia a los Sánchez. Consideraba que ni con toda la experiencia de su ministerio encontraría las palabras exactas para atenuar el desconcierto inicial de la familia y proporcionar un poco de alivio a sus tribulaciones. No dejaba de imaginar la vergüenza que en adelante cercaría a aquella gente de honestas y sencillas costumbres. Recordó la tarde cuando Lola y Juan Déniz se aparecieron en la sacristía

para participarle que querían celebrar la ceremonia de su boda y necesitaban saber cuáles eran los requisitos. En ese momento lo estremeció un mal presagio, que terminó por achacar a la desconfianza que le inspiraba aquel hombre de esquivo mirar. Era un cura sociable y de trato afectuoso, pero evadía el cotilleo, uno de los males de su congregación. Por ello no le comentó a nadie sobre estas inquietudes, que se confirmaron con el proceder de Juan.

Tocó la puerta con firmeza para aquietar cualquier vacilación en su ánimo. Por instantes puso su atención en el heliotropo que crecía a la derecha de la entrada, cautivado por el generoso aroma de sus flores moradas. Después de saludar a Rosarito -la primogénita- le pidió que reuniera a los miembros de la familia. Ella le manifestó que solo se encontraban las mujeres de la casa, porque el padre y los hermanos no habían vuelto de la finca. Cuando todas estuvieron sentadas y dispuestas a escucharlo, reveló sin más dilaciones lo que sabía desde temprano: "Tengo que anunciarles algo terrible e inaudito. En la mañana recibí una correspondencia de La Habana, donde me notifican que Juan está casado con una joven de esa zona y que, incluso, tienen dos hijos en común". Si bien el cura Socorro cultivaba el don de la diplomacia, antes de hacer el anuncio pensó que le estorbaría en esta situación. Ninguna sutileza o advertencia de su parte hubiese restado impacto emocional a la verdad y sus efectos en la vida de Lola.

Las primeras en reaccionar fueron la madre y la abuela, que se abrazaron para llorar. Rosarito comenzó a balbucir una plegaria a la Virgen del Pino, aprisionando con una mano la imagen que pendía de su cadena. Lola quedó aturdida durante pocos segundos hasta que empezó a exclamar, una y otra vez, que había un error en la carta. El clérigo se la entregó, al mismo tiempo que le explicaba con suavidad: "Debes aceptarlo, chiquilla. Todos los datos que se mencionan corresponden con los de tu prometido: no hay equivocación posible". Luego de leerla, se la devolvió y le dirigió una mirada desafiante, impropia de su forma de ser. Antes de marcharse a su habitación, lo acusó de que le tenía ojeriza a Juanito y por eso estaba empeñado en evitar el casamiento. Desde la sala todos escucharon el doble sonido de la cerradura cuando pasó la llave.

La hermana mayor acompañó al sacerdote hacia la salida, pidiendo disculpas por la conducta irrespetuosa de la joven, que atribuyó a su consternación como novia desairada. Mientras caminaba por la galería llena de plantas, se le escaparon unas lágrimas que limpió de un manotazo. Desde pequeña se había distinguido de las otras niñas por su fuerte temperamento; debido a ello resolvió no casarse, a pesar de que tuvo varios acompañantes y hasta salió con un muchacho durante un tiempo. Ella no era como la mayoría de las mujeres del pueblo, que buscaban cobijo en la sombra de un marido

y aceptaban sus decisiones sin chistar. Tampoco se derrumbaría en este trance, sobre todo cuando el padre y los hermanos estaban a punto de regresar de sus faenas agrícolas. Debía calmarlos para que no fueran a buscar a Juanito y ocurriera una tragedia mayor. Por fortuna, tenía bastante influencia sobre ellos. Aunque le mortificaba el sufrimiento de Lola, a quien había cuidado desde recién nacida porque la madre tuvo un parto devastador, lo más considerado era no molestarla para que llorara a sus anchas, sin nadie estorbando.

Rosarito respetó el duelo en soledad de su hermana, inclusive pidió a todos que hicieran lo mismo. Los hombres aceptaron su decisión, manifestando que esos asuntos del alma femenina debían resolverlos ellas dentro de las cuatro paredes de la casa. Lo único que les correspondía era lavar el honor de los Sánchez matando a Juanito. Y no iban a actuar como lo hubiesen hecho sus antepasados en un caso así, para no terminar de hundir a la familia en la desventura. Si eran encarcelados, a las mujeres solo les esperaba la miseria: se perderían los sembradíos de maíz y de papa y hasta los árboles frutales se secarían.

A media mañana del día siguiente, Rosarito, la madre y la abuela convinieron en que Lola había pasado demasiadas horas sin comer. Como no contestaba, a pesar de la insistencia de las tres, buscaron la otra llave y abrieron la puerta. La encontraron echa un ovillo, ocultando la cara entre las sábanas, mientras pedía que la dejaran a solas con su hermana. Cuando las otras dos mujeres salieron, Rosarito se sentó en la cama, la acunó entre sus brazos y comenzó a cantarle muy quedo la primera estrofa del arrorró herreño: "Arrorró, rro, rro, mi niño, / Arrorró rro, rro, rro, rro, rrorró, rro, rro, rrorró. / Y duérmeme mi niño chico / duérmeme y no llores más / y que vienen los angelitos.../ que vienen los angelitos del cielo y te llevarán." Había escuchado esta canción de cuna durante un viaje con sus tíos a la isla El Hierro. La entonaba Valentina Hernández, la de Sabinosa, acompañándose de la percusión de su tambor de gran sonoridad. Le cautivó tanto su dejo resignado y doliente que la canturreaba para dormir o sosegar a Lola desde chica; de allí que se convirtiera en un profundo vínculo entre ambas. Si la vida le ponía mala cara a cualquiera de las dos, se reunían en una de las habitaciones para confiarse los detalles, después salían al largo corredor y tarareaban su nana preferida. Admitían que era una rareza, pero la desolación de aquellos versos mitigaba sus pesares.

Ninguna de las Sánchez acudió a la misa de domingo; ni siquiera la madre y la abuela, que solo faltan cuando se encuentran en cama. Podemos entenderlo porque descubrieron la canallada de Juan hace unos días y deben sentirse muy afligidas. Si algo tan escabroso le hubiese pasado a cualquiera de nosotras o a nuestras hijas, se nos caería la cara de vergüenza al salir a la calle. No es para

menos. Enterarse de que el novio formal está casado en otro país es una gran desgracia. Sobre todo, porque pone en entredicho la buena fama de una señorita. Hasta habían festejado la petición de mano con bombos y platillos, que se estila pocas semanas antes de la fecha de la boda para sellar el compromiso. Y hay un hecho que agrava todo: él casi pertenece a la familia, pues es cuñado de su hermana, la que vive en Arucas con el marido. Hace falta ser bien caradura para montar ese tinglado y engañar a dos hogares decentes sin importarle las consecuencias.

Durante bastante tiempo los recuerdos acosaron a Lola sin darle tregua. Ella no hacía nada para espantarlos; al contrario, los alimentaba con su desamparo dentro de la habitación en tinieblas. Lugares, rostros, fragancias, melodías, ensueños que creía perdidos se asomaban a la memoria, recuperados por la nostalgia de un ayer junto a su único amor. Se conocieron en un guateque organizado por la familia de Juanito, para darle la bienvenida luego de su regreso de Cuba, donde había vivido algunos años. Cuando los presentaron quedó atraída por la forma segura y posesiva en que le dio la mano. Antes de eso, sus ojos se habían tropezado varias veces, pero ella los esquivó con discreta feminidad. Luego de un rato, le ofreció cup de frutas con muy poco alcohol y la invitó a bailar un pasodoble que le gustaba mucho: “Triniá”, cantado por Conchita Piquer.

A partir de ese día fue su acompañante habitual en los paseos con las amigas por la plaza de Santa Brígida, después de la misa de domingo. Transcurridos unos meses, comenzaron a salir juntos a otros guateques, a las excursiones hacia San Mateo o La Milagrosa y a las fiestas patronales de los pueblos más cercanos. Siempre iban escoltados por sus amistades, como correspondía a una señorita casadera. Cuando Juanito le declaró su amor para hacerse novios, le recitó unos versos de Gustavo Adolfo Bécquer y le regaló Rimas y leyendas en una hermosa encuadernación de tapa dura. Sabía que su ejemplar de edición barata se encontraba en un estado lamentable: era su libro de cabecera. Debido a su parentesco político con la familia, esperaron pocos meses para que entrara en la casa como novio formal. Desde ese momento Lola comenzó a preparar con mucha ilusión el ajuar que aportaría a su matrimonio. Todas las conocidas le decían que estaba quedando de sueño y alababan su destreza en las labores de aguja. En esa época pensaba que, si el noviazgo era la escuela del matrimonio, como decían popularmente, sería muy feliz en su vida de casada.

Nos intriga el encierro de Lola después de que han pasado tantos meses. Al principio comprendíamos que se sintiera abochornada de caminar por el pueblo o que no quisiera toparse con el sinvergüenza de Juanito. Sin embargo, a estas alturas las aguas volvieron a su cauce. Por lo demás, debe haberse enterado de que se fue otra

vez para La Habana después de la revelación del padre Socorro. Escuchamos que los Sánchez lo estaban buscando para matarlo y no lo hicieron porque cuando llegaron a su casa ya se había ido con todo y maletas. Volviendo sobre el extraño comportamiento de la chiquilla, sospechamos algo peor: que está embarazada y por eso la tienen escondida. Nos enteramos de buena fuente que hace tiempo la vieron besándose con el novio y todas conocemos la sabiduría del refrán: “El que en la calle besa, en la calle la deja”. Quizás la envolvió con mañas aprendidas en Cuba -donde dicen que la gente tiene una moral muy relajada- y la pobrecilla no le paró los pies. Hemos ido varias veces a la casa con cualquier pretexto, pero ni la madre ni la abuela sueltan prenda. Y con Rosarito no se puede ni hablar porque tiene la cara más agría que de costumbre.

Lola llevaba meses sin salir de la habitación y únicamente se sentía cómoda si entraba su hermana mayor, con quien conversaba siempre en penumbras. No quería saber nada de ese mundo donde conoció al hombre que se había burlado de su gran aspiración: convertirse en la reina y señora de su casa, con un marido y unos hijos. Nunca tendría una existencia como la de aquellas heroínas de las novelas rosa a las que era aficionada, entre ellas, las escritas por la canaria Josefina de la Torre, su autora predilecta. Por lo demás, le faltaba coraje para enfrentar las murmuraciones de los satauteños, con sus condenas y sarcasmos. Peor aún, se le hacía un nudo en el estómago imaginar sus gestos de lástima o de solidaridad. La sensación de fracaso y de haber sido timada por la vida la angustiaban de tal manera que comenzó a sufrir de insomnio. Durante esos estados de intranquilidad, Rosarito la adormecía con su canto: “Arrorró, rro, rro, mi niño, / Arrorró rro, rro, rro, rro, rrorró, rro, rro, rrorró. / Y si mi niño se durmiera / y si mi niño se durmiera yo le daba un regalito / y una piedrita de azúcar / y una piedrita de azúcar envuelta en un papelito.”

Lola comenzó a quedarse ciega después de un confinamiento de años. Cuando Rosarito intentó buscar un médico, simplemente afirmó que no quería ver más. Desesperada por su tozudez, la hermana le gritó que siempre había sufrido de ceguera: jamás cuestionó las enseñanzas que la convirtieron en una mujercita callada, sensata y buena. También le recordó su indulgencia ante las calaveradas de Juanito, cuando se mentía a sí misma diciendo que no pasaban de ser pequeños gazapos de un hombre en la plenitud de su virilidad, con una novia que se daba a respetar. Antes de salir furibunda de la habitación, le señaló que no le había servido de nada postergar sus deseos y pensamientos propios. O ser suave, encantadora y comprensiva para darle gusto a su prometido: después de todo, no había logrado casarse. De esto último que dijo se arrepintió en seguida.

Pasamos toda la tarde en casa de los Sánchez,

practicando con la abuela y la madre dos técnicas del calado en las que ellas son estupendas: madrigal y soles. Las primeras semanas de junio próximo vamos a presentar un mantel calado dentro del programa de festividades en honor a San Antonio de Padua, nuestro patrono. De vez en cuando levantábamos los ojos de la gran pieza de lino porque nos sentíamos observadas. Sabíamos que era Rosarito. Entre la rendija de la puerta atisbamos un ropaje oscuro. Hace mucho nos contaron que desde la ceguera de Lola no bajaba al pueblo y había comenzado a vestirse de luto cerrado. Cuando veníamos regresando de Las Meleguinas, comentamos sobre la pesada cruz que ha cargado la familia en estos últimos veinte años. Una se encierra hasta que termina por perder la vista y la otra se forra de negro, no sale a ninguna parte y si llegan visitas, se esconde en la habitación. Lola era una muchacha recogida, obediente y discreta, que perdió su oportunidad de casarse y el juicio por haber dado un traspié. De Rosarito, en cambio, se podía esperar cualquier chifladura. Siempre fue rara y voluntariosa, tanto así que todas sabíamos que iba para solterona.

Lola se extinguía. Ningún médico pudo entrar a su habitación para atenderla y los Sánchez asumieron con entereza que moriría en poco tiempo. Había envejecido de modo prematuro: tenía el cabello blanco, la piel marchita y estaba en extremo delgada. A pesar de su deterioro físico, Rosarito advirtió en la hermana un cambio favorable que la consolaba. Por primera vez en muchos años dormía toda la noche, sin que la agitaran el resentimiento y la desazón. En la tarde le había pedido churros con chocolate para merendar. La vio comer con tanto gusto, que creyó descubrir dentro de aquel malogrado cuerpo a la joven risueña del pasado. Después se dejó ir, mientras susurraba que le cantara la última estrofa de su nana: “Arrorró, rro, rro, mi niño, / Arrorró rro, rro, rro, rro, rrorró, rro, rro, rrorró. / Y en los brazos de su madre, / en los brazos de su madre un pobre niño murió / y creyendo en que dormía / y creyendo en que dormía le cantaba el arrorró. / Arrorró, rro, rro, mi niño, / Arrorró rro, rro, rro, rro, rrorró, rro, rro, rrorró.”